

# LA ÉTICA Y EL FUNCIONAMIENTO DEL SISTEMA NERVIOSO<sup>1</sup>

## Un Estudio de la Psicología Simbólica Junguiana

*Carlos Amadeu Botelho Byington<sup>1</sup>*

Traducción: Psic. Silvia Di Santo (Ecuador)

Me fascinó el “Proyecto” que Freud ideó en 1896, de fundamentar neurológicamente el concepto de defensa y de inconsciente reprimido. Sentía que el día que consiguiésemos hacerlo, estaríamos encontrando el fundamento neurológico de la Ética e “in-corporándola”. La descripción del Complejo de Édipo, del complejo de castración, de los mecanismos de defensa y, principalmente, de la represión, como normales, patologizó y ofuscó su descubrimiento más genial, que fue, a mi modo de ver, la formación de la identidad a través de las relaciones primarias. Entre tanto, cuando consideramos el proceso de elaboración simbólica de todas las vivencias como la fuente permanente de la Consciencia, podemos evitar la patologización del desarrollo y valorar debidamente al Psicoanálisis, pues, en ese caso, los conceptos de fijación, compulsión de repetición, resistencia y de las demás defensas, así como de la transferencia defensiva, Complejo de Edipo, complejo de castración e inconsciente reprimido, pasan a ser los principales síntomas de los disturbios del proceso de elaboración simbólica normal (Byington, 2002 y 2004).

La función de la Ética es aún hoy un desafío para la Ciencia psicológica por la dificultad de insertarla en el desarrollo de la Consciencia. Mientras no conseguimos hacerlo, la Psicología y la Ciencia continúan siendo estructuralmente a-éticas, necesitando importar la Ética tradicional de la Religión, de las costumbres y de las conjeturas de los juristas y de los filósofos. En ese sentido, el desafío para la comprensión científica de la Ética continúa siendo incluso mayor que para el conocimiento de la religiosidad, concebida por Jung como la proyección del Arquetipo Central, denominado

---

<sup>1</sup> Palestra dictada in Caracas por invitación de la Asociación Venezolana de Psicología Analítica, de la Escuela Venezolana de Psicología Profunda y del Centro de Estudios Junguianos de Caracas, em noviembre de 2005. Publicada en la Revista Jung e Corpo nº5 del Instituto Sedes Sapientiae, SP, 2005.

<sup>2</sup> Médico Psiquiatra y Psicoterapeuta. Miembro fundador de la Sociedad Brasileña de Psicología Analítica y Miembro de la Sociedad Internacional de Psicología Analítica. Educador, Historiador y creador de la Psicología Simbólica Junguiana. E-mail: [c.byington@uol.com.br](mailto:c.byington@uol.com.br) site: [www.carlosbyington.com.br](http://www.carlosbyington.com.br)

por él Self, que coordina los símbolos para realizar su potencial en el proceso de individuación. A pesar de haber enfatizado la existencia del Mal intensamente en su obra, Jung no consiguió fundamentarla psicodinámicamente, por haber conceptualizado, pero no descrito, la formación de la Sombra. La formación de la Sombra y su relación con el Arquetipo Central y la Consciencia son operaciones fundamentales para conceptualizar la Ética dentro de la Ciencia.

En la Religión, el problema de la Ética fue, desde siempre, un problema central. Por más que se considere el Mal como parte de la divinidad, si no conseguimos percibir la interacción de Dios con el Demonio, el tema permanece incompleto. El Cristianismo, por ejemplo, sin la lucha de Cristo con el Demonio, no tiene sentido. Cuando la tentación y el pecado no desafían al Mesías, ¿cuál es el sentido de la confesión, de la absolución e, incluso, de la búsqueda de salvación? Cuando estamos de acuerdo en que el conocimiento de Dios es inseparable de su relación con el Demonio, admitimos que la conceptualización del Bien y del Mal forman un todo, y percibimos que la formulación científica de la religiosidad incluye necesariamente, siempre, también la Ética. No es posible la formulación de la trascendencia y de la totalidad sin articular, en el proceso, el Bien y el Mal. El Mito Judeo-Cristiano de la Creación ilustra este hecho exuberantemente, al describir la adquisición de la Consciencia por la ingestión del fruto del Árbol del Bien y del Mal, dentro de la relación con Dios, lo que equivale, en la Ciencia, como veremos, a la relación de la función estructurante de la Ética con el Arquetipo Central en la adquisición del conocimiento.

Al excluir lo subjetivo del método científico, la Ciencia Occidental se alejó, también, del sentimiento, de la intuición, de la relación emocional con la totalidad y, por consiguiente, de la Ética. Al adoptar el positivismo y el materialismo en el siglo XIX, la Ciencia perdió la Consciencia de su origen mítico y transformó en maldición el presagio de Montaigne (1533-1592), tres siglos antes: "Ciencia sin Consciencia es la ruina del alma".

Para abordar la propuesta de incorporar la religiosidad y la Ética dentro de la Ciencia, necesitamos la Historia de Occidente para comprender el contexto y las razones de su exclusión.

Jung describió la realidad psicológica de los mitos como proyección de los arquetipos y expresión del proceso de individuación. Los mitos guían la búsqueda de desarrollo del Self Individual en cada cultura por la introyección de las imágenes oriundas de la proyección de los arquetipos. En su libro Aion, sin embargo, Jung amplió la función del mito para formar también la Consciencia Colectiva, a través de la descripción del Mito

Cristiano durante la era astrológica de Piscis (Jung, 1950). Ese camino de Jung fue continuado por Erich Neumann, que describió la formación histórica de la Consciencia Colectiva sucesivamente a través de mitos que expresarían el Arquetipo Matriarcal y el Arquetipo Patriarcal. A partir de las obras de Jung y de Neumann, podemos entonces preguntar lo que sucede con un individuo o una cultura cuando ellos repudian su mito.

Continuando la creatividad de Jung y de Neumann, la Psicología Simbólica Junguiana describió el Arquetipo de Alteridad (que reúne los Arquetipos del Anima y del Animus descritos por Jung) como la fuente de la proyección del Mito de Buda en el Oriente y del Mito Cristiano en Occidente, cuya introyección viene, hace siglos, desarrollando el patrón dialéctico de la compasión en la Consciencia Colectiva. De esta manera, podemos comprender la relación dialéctica entre sujeto y objeto en el método científico como la continuación de la implantación cultural del Arquetipo de la Alteridad revelado en el Mito Cristiano. Reunimos, así, Mito y Ciencia, y rescatamos la raíz mítica del conocimiento.

Profundizando esa investigación, la Psicología Simbólica Junguiana concibió, también, el concepto de Self Cultural y la Teoría Arquetípica de la Historia, para expresar el desarrollo de la Consciencia Colectiva a través de los mismos arquetipos que coordinan la diferenciación del Self Individual desde el inicio al fin de la vida (Byington, 1983). De esta forma, la Sombra Colectiva, con sus grandes disfunciones históricas, puede ser explicada por la fijación y por las defensas que deforman la elaboración simbólica del Self Cultural, de la misma forma que podemos hacerlo en el Self Individual (Byington, 1987).

La Teoría Arquetípica de la Historia nos permite percibir que el desarrollo de las ciencias, de las artes y del socialismo son la expresión de la proyección-introyección del Arquetipo de la Alteridad en la Consciencia Colectiva. Al mismo tiempo, esta teoría nos hace reconocer la gran Sombra del Cristianismo, que fijó la elaboración del Mito en el Self Cultural y deformó su institucionalización con la intolerancia religiosa que se aglutinó en la Inquisición. Cuando nos damos cuenta de que el Cristianismo fue oficializado en el 325 A.D. y que Prisciliano fue ejecutado como hereje, en España, en el 375 A.D., en nombre de Cristo, concluimos que la intolerancia religiosa deformó brutalmente la implantación cultural del Mito prácticamente desde su institucionalización. Esta deformación fijó gravemente la integración del Arquetipo de la Alteridad y de la imagen de Cristo, que pasó a crecer cada vez más en la Sombra a través de la imagen del Demonio como Anti-Cristo. No obstante, a pesar de grandemente deformadas en el Self Cultural, la función de la Ética y de la religiosidad continuaron siendo ejercidas subjetiva y objetivamente en la Consciencia Colectiva. Aunque que de manera sombría y dogmática, la verdad mantuvo

su expresión dentro del Arquetipo de la Totalidad, y el cuerpo crucificado del Hijo de Dios permaneció como símbolo central de la lucha entre el Bien y el Mal, en la búsqueda de la salvación anunciada en el Mito.

Todas las funciones estructurantes pueden ser normales y fuente de Consciencia, o defensivas y formadoras de Sombra. Un conjunto de símbolos y funciones estructurantes forma el complejo descrito por Jung, que también puede ser normal y formar parte de la Consciencia, o defensivo y situarse en la Sombra. Esto se aplica también a la función estructurante del aprendizaje (Byington, 2004). De esta manera, podemos comprender como fue que, paralelamente con la represión persecutoria y moralista dentro de la Iglesia, los monasterios de la Edad Media acumularon y tradujeron al latín el saber de la Antigüedad, atravesaron creativamente siglos de represión y se transformaron en las universidades. Para la Teoría Arquetípica de la Historia, es fundamental percibir que el Arquetipo de la Alteridad, transmitido en el Mito por la compasión que predica “amar al prójimo como a sí mismo” y practica dialécticamente el examen de Consciencia en la confesión y en la meditación, se transformó paulatinamente **en la búsqueda del conocimiento del método científico**. De hecho, sin un respeto ético del Ego frente al Otro, del sujeto frente al objeto blanco de investigación, la verdad científica no puede ser buscada. De esta manera, el método científico no sólo no es incompatible con la religiosidad cristiana, sino que es imprescindible para humanizar el conocimiento a través de la percepción de la Ética a él inherente. Un ejemplo de esta formulación está en el hecho de que los científicos pioneros, como Copérnico, Galileo, Kepler, Descartes, Leibnitz y Newton hayan sido todos cristianos y muy religiosos. Sus biografías muestran que ellos vivían sus geniales descubrimientos como el enaltecimiento de la Gloria de Dios. Mas, si lo que estoy postulando aquí es que, siguiendo a Jung y Neumann, los mitos forman la Consciencia, y que el Mito Cristiano es la proyección del Arquetipo de la Alteridad, cuya introyección generó las ciencias modernas, ¿cómo explicar la ruptura entre lo objetivo y lo subjetivo, cuando la Ciencia tomó el poder en la Universidad al final del siglo XVIII?

Cualquier símbolo o función estructurante que genera la Consciencia puede, también, generar la Sombra si sufriera una fijación en su elaboración. Al formar la Consciencia, los mitos son institucionalizados y forman las religiones que, a través de rituales, mantienen la Consciencia enraizada y permanentemente alimentada por los símbolos que la formaron. La religiosidad es una función estructurante que cultiva la trascendencia y mantiene la Consciencia en la posición de humildad frente a los arquetipos que la crearon y la realimentan. Al mismo tiempo, la religiosidad desarrolla y

mantiene la función ética por el propio culto a lo sagrado, que enseña lo que debe y lo que no debe ser hecho. Cuanto más las religiones convergen para la centralización monoteísta, más el Bien es representado por un Dios, y su descamino, su Sombra, por el Demonio. La fijación de la religiosidad genera la tentación de la Consciencia de gobernar su propio origen. El ser humano se comporta como si fuese un dios. Esa es la *hybris* de la humanidad, expresada en la cultura griega para enfatizar la pérdida de la medida, el desequilibrio de la Consciencia, que causa la ira de los dioses. Ella fue denominada omnipotencia en el Psicoanálisis, inflación en la Psicología Analítica y reconocida como una de las formas de *Maya*, ilusión, en la tradición hindú.

El Arquetipo del Amor y el Arquetipo del Poder forman la principal polaridad que actúa en toda y cualquier elaboración simbólica, coordinada por el Arquetipo Central. El amor abre la Consciencia para la reverencia y la entrega, y el poder trae la asertividad y la dedicación para que ella integre y afirme los significados simbólicos que recibe. En el caso de las fijaciones, el poder somete al amor y, a través de las defensas, asume el comando de los símbolos afectados. El dogmatismo es la imposición defensiva e intolerante de los dogmas religiosos cuando la Consciencia se apega y se posesiona de los significados revelados por la religiosidad y los literaliza, generando el fanatismo e impidiendo la continuidad de la evolución creativa del Arquetipo Central, representado por la imagen divina. El Dios vivo, capaz de generar la transformación permanente, se convierte en un fantoche manipulado por las conveniencias oportunistas del poder personal o político. Por eso, el Demonio es frecuentemente representado por la imagen de un demiurgo o por un ángel caído y maldito, que intenta usurpar la supremacía de Dios. En el Mito Cristiano, este hecho es ilustrado por la última tentación de Jesús, en la cual Él rechaza al Demonio, que le ofrece el poder sobre la Tierra. El pacto con el Demonio expresa la sumisión defensiva al poder, que usurpa la trascendencia y somete al amor. El pacto extremo con el Demonio es la guerra, siendo una de sus formas el terrorismo.

Dentro de esta perspectiva, la Ciencia es la expresión de la posición dialéctica del Ego con el Otro, coordinada por el Arquetipo de la Alteridad para elaborar los símbolos, y la verdad es la realidad del mundo y de la vida humana en él insertada, producida y profundizada por la elaboración de los símbolos.

La integración progresiva del Arquetipo de la Alteridad en la Consciencia Colectiva por el crecimiento de la Ciencia chocó de manera intensa con el dogmatismo del mito institucionalizado y literalizado. A partir del siglo XVI, el Demonio fue proyectado defensivamente cada vez más en los científicos, pues su creatividad revolucionaria

buscaba el conocimiento a través del método experimental, del amor a la verdad, y no podía inclinarse frente al control dogmático. Se trabó, así, una lucha histórica durante cuatro siglos, durante los cuales muchos científicos estudiaron Teología y defendieron la religiosidad creativa de los sofismas intolerantes de la religiosidad defensiva practicada por muchos miembros del Santo Oficio, que comandaban la represión a través de la Inquisición.

Al final del siglo XIX, la Ciencia venció políticamente la lucha con la religión y expulsó de la Universidad la intolerancia despótica del prejuicio dogmático religioso. Se conmemoró la victoria del Iluminismo sobre la oscuridad, de la libertad del saber sobre la censura religiosa, del método experimental sobre el ocultismo, de la razón sobre el obscurantismo. Lamentablemente, sin embargo, esa transformación maravillosa fue festejada y atribuida a la escisión entre la Ciencia y la Religión. No se percibió que, junto con la Inquisición, se expulsó también la religiosidad, es decir, junto con la intolerancia dogmática se desterró, del templo del saber, la propia subjetividad. Como no podría dejar de ser, la disociación subjetivo-objetivo llevó consigo la intuición, el sentimiento, la emoción, la vivencia ética y la relación afectiva con el Todo. Se coronó a la razón y se expulsó la emoción, estableciéndose un rígido patrullaje emocional para no permitir su vuelta al altar de la verdad.

Los historiadores de la Ciencia son, en general, científicos, y por eso explican el alejamiento entre la Ciencia y el humanismo por la abstracción matemática o por el mecanicismo. Denigran incluso, la inteligencia de Descartes, culpándolo por la disociación defensiva debido a su descubrimiento genial de la separación creativa subjetivo-objetivo, *res cogitans-res extensa*, que comandó la implantación del método científico. Al buscar las causas de la disociación materialista de la Ciencia en sí misma, los historiadores encubren y racionalizan la patología histórica que hirió el método científico y viene actuando en la Universidad como anticencia en nombre de la verdad. Al examinar una disertación de maestría en una universidad, un colega de mesa examinadora declaró que no aceptaba la obra de Jung porque él no había hecho Ciencia. Conociendo de cerca el esfuerzo con que Jung ejerció la fenomenología, estudiando lo subjetivo y lo objetivo dentro de la Ciencia, se tornó claro para mí cuánto ese examinador era un portavoz de la intolerancia de la anticencia incrustada y arraigada dentro de la Universidad.

A pesar de que muchos científicos hayan sufrido discriminación por presentar características subjetivas en sus investigaciones y, por tanto, haber sido acusados de no hacer Ciencia, son raros aquellos que reconocen una disociación patológica en el sesgo materialista del método científico. Más raros aún son aquellos que reconocen en esa

patología un complejo cargado de emoción vengativa, que construyó a su alrededor, defensivamente, un patrullaje obsesivo impregnado con la misma intolerancia ideológica ejercida por la Inquisición en nombre de Dios, sólo que, ahora, en nombre de la verdad y de la razón.

Del otro lado de la disociación, el humanismo religioso de la Iglesia Católica tampoco elaboró la patología del cisma Ciencia-Religión, por el hecho de no haber reconocido y denunciado, hasta hoy, las barbaridades del Santo Oficio, que patrocinó la Inquisición y que, lamentablemente, continúa cercenando la creatividad religiosa de los católicos. Un ejemplo triste, pero muy significativo, ya en este tercer milenio, fue la condena del teólogo Leonardo Boff a un año de “silencio obsequioso”, por haber escrito el libro *Iglesia: Carisma y Poder*, que precedió su exclusión de la Iglesia.

El comienzo del regreso de la subjetividad a la Universidad se dió a través de la obra de Pinel, que, a pesar de su extraordinario valor para la acogida, el estudio y la humanización de la enfermedad mental, estableció un sesgo peligroso que estigmatiza hasta hoy la subjetividad. Es que las fuerzas defensivas estigmatizadoras, presionadas por la creatividad del Self Cultural, entreabrieron sus puertas para recibir lo subjetivo de vuelta, pero solamente dentro de la patología.

Fue así que, un siglo después de Pinel y de Mesmer, la Academia de Ciencias de París concedió acoger los estudios de Charcot sobre la hipnosis, solamente tal vez gracias a la su conclusión errónea de que solamente pacientes histéricos eran pasibles de ser hipnotizados.

Los estudios de la subjetividad en el siglo XIX fueron coronados por la genialidad de Freud con la descripción del desarrollo de la personalidad desde el inicio de la vida a través de las relaciones parentales. La pujanza de la resistencia a la subjetividad, sin embargo, continuaba siendo muy intensa, y Freud fue llevado a patologizar el descubrimiento estructurante del complejo parental con el Complejo de Édipo, que descubriera en sí mismo. A continuación, el psicoanálisis deformó la relación normal padre-hijo con el complejo de castración y, lo peor de todo, insertó su valiosísimo descubrimiento de los mecanismos de defensa dentro del desarrollo normal, que culminó su patologización de la subjetividad con la formulación de la necesidad de represión para sublimar el Complejo de Edipo “normal” y formar el Superego. A través de Freud, asumido materialista, la Ciencia retomó la subjetividad deformándola por la patología, de la misma forma que había sido considerada pecado la ingestión del fruto del árbol del conocimiento ético. Es impresionante cómo la sublimación por la represión del Complejo de Edipo para formar el Superego coincide con la Teología Católica de la purificación del pecado original

por el Bautismo. La vertiente “genética” de Freud para explicar el origen del Superego y de la Ética por el parricidio ancestral en la horda primitiva, imaginada en *Totem y Tabú*, profundiza la patologización de lo subjetivo heredada por el crimen del parricidio, pero esa versión fue abandonada cuando la genética invalidó la teoría lamarquista de la transmisión hereditaria de los caracteres adquiridos.

Las obras de Jung y de Neumann nos aproximaron mucho a un enraizamiento arquetípico y, por consiguiente, neurológico de la Ética. Jung enfatizó mucho la importancia del reconocimiento del Mal, pero, al mismo tiempo, formuló el concepto de Sombra de manera ambigua, dificultando mucho su concepción psicodinámica. Esa ambigüedad está presente, por ejemplo, en la propia limitación de la Sombra a los símbolos del mismo género que el Ego (Jung, 1950). ¿Eso significa que los símbolos del sexo opuesto no pueden formar parte de la Sombra? ¿Qué sucede entonces con los símbolos del Anima de un hombre cuando ellos se tornan patológicos? ¿Esos símbolos anormales se expresan fuera de la Sombra? La otra cuestión adviene de la Sombra considerada “buena” porque tiene símbolos preciosos para el proceso de individuación. Pero, ¿eso significa que los símbolos de la Sombra “mala” no sirven para el proceso de individuación? Una tercera cuestión es la del “Mal Absoluto”, mencionado, mas no explicado por Jung (1950). El cuarto punto que quedó ambiguo en su obra fue su crítica de la doctrina católica del *Summum Bonum*. Jung la interpreta como la exclusión del Mal en la imagen de la divinidad. Entre tanto, cuando consideramos el *Summum Bonum* como una referencia al Arquetipo Central, ella no excluye el Mal, pues significa que el Mal no es algo en sí, sino un disturbio que perjudica la búsqueda de la Totalidad (*Privatio Boni*). ¿Y no es así, que nosotros, junguianos, y el propio Jung, lidiamos con el Mal en el proceso de individuación en la terapia y en nuestra propia individuación? Cuando seguimos los símbolos de los sueños y de la vida en general, buscando la autorrealización, ¿no lo hacemos creyendo que esa búsqueda de la Totalidad sea el camino del Bien? Entre tanto, ese es el significado de la doctrina del *Summum Bonum*, que Jung tanto criticó (Byington, 1997).

Erich Neumann fue el autor junguiano que más estudió la Ética. En el libro *La Psicología Profunda y la Nueva Ética*, él tuvo el gran mérito de conceptualizar la Sombra como Mal y de diferenciar la nueva Ética como la confrontación permanente con la Sombra, al contrario de la Ética tradicional, que solamente repudia el Mal y busca un ser humano bueno, sin Sombra, de pura luz. La nueva Ética postula la necesidad de confrontar permanentemente a la Sombra que vive en nosotros y que cada día puede renovarse. Se trata, sin duda, de un gran avance en el estudio de la Ética. Le faltó, entre

tanto, explicar cómo se forma la Sombra y esclarecer los cuatro puntos anteriormente mencionados, que permanecerán sin esclarecimiento en la conceptualización de la Sombra realizada por Jung.

La Psicología Simbólica Junguiana aborda la Ética y la Sombra a través de la fijación o no de los símbolos y funciones estructurantes que expresan todos los eventos psíquicos y que contribuyen para formar la Consciencia a través de la elaboración simbólica creada por arquetipos y, en última instancia, por el Arquetipo Central (Byington, 2002). En ese caso, la Sombra es el Mal que se expresa por la fijación de los símbolos y de las funciones estructurantes, inclusive de la Ética, que pasan a ser expresados por defensas, independientemente del género de las personas. Por consiguiente, las defensas son siempre patológicas y, como funciones estructurantes arquetípicas, ellas pasan a ser consideradas defensas del Self y no del Ego.

Los símbolos y funciones estructurantes son buenos porque son necesarios para formar la Consciencia, sean de la naturaleza que fueran. Incluso la función estructurante de la muerte puede ser normal y creativa cuando ella viene elaborar y llevar los símbolos que ya murieron (Byington, 1996). Ellos se tornan malos cuando están fijados y son actuados por defensas, que generan errores y síntomas, en medio a la conducta inadecuada y destructiva.

Si la Consciencia es el camino del Bien y la Sombra el camino del Mal, falta explicar lo que sucede cuando las personas realizan conscientemente el Mal, como en el caso del crimen premeditado y del comportamiento patológico. La explicación está en la defensa psicopática. En el caso de la defensa neurótica, el Ego de la Sombra actúa en gran parte inconscientemente, pero en el caso de la defensa psicopática, el Ego de la Sombra subyuga al Ego de la Consciencia y lo hace actuar el Mal. La actuación del Mal en la psicopatía, como en todos los otros casos, es defensiva, pues cuando la elaboramos, encontramos siempre en su raíz una fijación de la función estructurante de la Ética, cuyo rescate retorna a la normalidad los símbolos y funciones estructurantes.

El concepto de función estructurante arquetípica reunido al de fijación aproxima el Psicoanálisis a la Psicología Analítica. El concepto de función estructurante de la Ética, participando en toda y cualquier elaboración simbólica, nos permite percibir la formación de la Sombra en las fijaciones y establecer la relación entre el Bien y el Mal en todas las vivencias y disfunciones de la vida.

Los símbolos y funciones estructurantes operan en el sistema nervioso a través de los neurotransmisores. Las neurociencias identifican cada vez más y mejor un número creciente de neurotransmisores responsables por las funciones neurológicas que

corresponden a las funciones estructurantes. En lugar de prescindir de la Psicología y de la Ética cuando descubrimos sus correspondientes en las funciones estructurantes en el sistema nervioso, postulo enfáticamente que lo contrario se da. El fundamento psicológico y neurológico de esta afirmación está en el hecho de que las funciones estructurantes puedan ser normales y hacer crecer la Consciencia, o sufrir fijaciones y formar la Sombra. Esas fijaciones pueden provenir de problemas genéticos o de enfermedades orgánicas, o de problemas funcionales de naturaleza emocional o cognitiva. Como argumentó Neumann, Sombra es Sombra, y la Ética consiste en saber que todos la formamos permanentemente. Si admitimos entonces que la Sombra y sus defensas se forman por las fijaciones, la misión del Ego es rescatar y confrontar los símbolos y funciones estructurantes fijados a través de la función estructurante de la Ética para reintegrarlos en la formación de la Consciencia. Es obvio, entonces, así, que el proceso de las neurociencias se encaminará a descubrir cómo los neurotransmisores operan normal o defensivamente, esto es, en la Consciencia o en la Sombra.

La formulación del concepto de función estructurante de la Ética, dentro de todas las funciones vitales, también reconocidas como funciones estructurantes que, en cualquier momento, pueden sufrir fijaciones y formar la Sombra, es fundamental para el enraizamiento de la Ética en el sistema nervioso. Sólo así puede la Ciencia rescatar la Ética humanista que alejó junto con lo subjetivo cuando se separó de la Religión.

Con la disociación sujeto-objeto, la Ética científica permaneció centralizada y restringida a lo objetivo. El Mal, en la Ciencia, es combatido e identificado con el error, el plagio y el charlatanismo. Hasta aquí podemos aplicar la nueva Ética descrita por Neumann también a la Ciencia, pues todo científico sabe que la Sombra representada por el error debe ser combatida permanentemente. Entre tanto, cuando llegamos a la subjetividad de las emociones, la Ciencia todavía no desarrolló parámetros éticos para confrontar la Sombra.

La condición a-ética del humanismo científico, en lo que concierne a lo subjetivo, está sobradamente ilustrada en el libro *ADN – El Secreto de la Vida*, de James D. Watson (2005), cuyo lanzamiento entre nosotros fue acompañado por una entrevista a la *Revista Veja* (2005).

James D. Watson tiene 77 años y es un científico prominente en el campo de la genética por haber descubierto, con Francis Crick, la estructura del ADN, en 1953, que les valió el Premio Nobel. Dentro de la entrevista, en la cual enumeró investigaciones maravillosas que pueden propiciar alteraciones genéticas para tratar y prevenir enfermedades aniquiladoras como el SIDA y el cáncer, hizo consideraciones que ilustran

la falta de parámetro ético para lidiar con la Sombra en la Ciencia, cuando ella aborda el humanismo subjetivo. Frente a la pregunta del entrevistador sobre si hay necesidad de alguna restricción legal a la investigación genética, sólo le faltó decir que es cuestión de gusto, al responder:

Yo diría que no. Soy muy liberal. Si alguien un día descubriera que podemos adicionar algún gen para que los niños nazcan más inteligentes, o más bonitos, o más saludables – bien, yo no veo por qué no hacerlo. No creo que el sufrimiento haga bien a una persona. Algunas personas dicen: "Cristo sufrió, entonces los hombres también precisan sufrir". Yo no comparto ese argumento. Hoy, no tenemos la capacidad de mejorar a la humanidad de esa forma. Si un día pudiéramos, ¿por que no? Algunos alegan que eso favorecería a los ricos, pero no hay novedad allí: los ricos siempre compran la nueva tecnología antes que los demás. (Watson, en Veja, 2005)

Llama la atención, en Watson, la posición liberal que no tiene parámetro ético de humanismo subjetivo, a pesar de operar paralelamente con la libertad de la Ética objetiva en la investigación. Él está contra el sufrimiento y reniega el ejemplo de Jesús, de enfrentarlo en la cruz, posiblemente porque no diferencia los dos tipos de sufrimiento. Uno es el sufrimiento defensivo, que nada trae de productivo, y el otro es el sufrimiento moral, de quien confronta la Sombra (el crimen, el error, la enfermedad y el pecado) buscando elaborar su fijación y reintegrar sus símbolos fijados a través de la función estructurante de la Ética.

Comprendo la actitud agnóstica de Watson y de otros científicos, que no quieren adoptar la Ética humanista subjetiva de las religiones, pues éstas, frecuentemente, incluyen prejuicios que ultrajan los derechos humanos de libertad y de autodeterminación, profesados por la Ética de la Ciencia, en función del ejercicio de la investigación objetiva. Eso, sin embargo, no justifica la actitud a-ética liberal, que no reconoce la culpa y el sufrimiento moral creativos resultantes de la confrontación de la elaboración de la Sombra en la búsqueda de la autorrealización.

Creo que, si el concepto de Sombra, formulado por la Psicología Analítica, incluyera la fijación y las defensas descubiertas por el Psicoanálisis y equiparadas a las funciones estructurantes descritas por la Psicología Simbólica Junguiana, podría ayudar a los científicos a reintegrar el humanismo subjetivo en el método científico. De hecho, la equiparación de los símbolos y de las funciones estructurantes con los neurotransmisores puede contribuir a la investigación de la función estructurante de la Ética normal y defensiva en el sistema nervioso y permitir la percepción y la confrontación de la Sombra y del Mal en las neurociencias.

## Referencias Bibliográficas

BYINGTON, Carlos A. B. (1983). Uma Teoria Arquetípica da História. O Mito Cristão como o Principal Símbolo Estruturante do Padrão de Alteridade na Cultura Ocidental. *Junguiana, Revista de la Sociedad Brasileña de Psicología Analítica*. Petrópolis, 1983, nº1, pp 120-177.

\_\_\_\_\_ (1987). Arquétipo e Patologia: Introdução à Psicopatologia Simbólica. *Junguiana, Revista de la Sociedad Brasileña de Psicología Analítica*. São Paulo, 1987, nº 5, pp. 79-126. Revisado en el 2000 para el curso de formación de analistas de la SBPA.

\_\_\_\_\_ (1996/2002). *O Arquétipo da Vida e da Morte*. Junguiana, Revista da Sociedade Brasileira de Psicologia Analítica. São Paulo, 1996, nº14, pgs. 92-115. Revisado em 2002.

\_\_\_\_\_ (1997). Ética e Psicologia. *Junguiana, Revista de la Sociedad Brasileña de Psicología Analítica*. São Paulo, 1997, nº15, pp. 102-121.

\_\_\_\_\_ (2002). *Inveja Criativa – O Resgate de uma Força Transformadora da Civilização*. São Paulo: W11 Editores, 2002.

\_\_\_\_\_ (2004). *La Construcción Amorosa del Saber – Fundamento y Finalidad de la Pedagogía Simbólica Junguiana*. São Paulo: Linear B, 2005.

JUNG, Carl G. (1950). *Aion*. C.W. 9, Parte II. London: Ed. Routledge & Kegan Paul, 1959.

NEUMANN, Erich (1949). *A Psicologia Profunda e a Nova Ética*. São Paulo: Paulus, 1991.

WATSON, James D e Andrew Berry. *DNA – O Segredo da Vida*. São Paulo: Companhia das Letras, 2005.

WATSON, James D. Entrevista a la *Revista Veja*. São Paulo: Editora Abril, año 38, nº. 34, Agosto, 24, 2005.